

100 AÑOS DE fútbol

LOS CAUDILLOS



CARLOS SOTO

2

100 ANOS DE fútbol



HISTORIA DEL FUTBOL URUGUAYO

Jueves 4 de diciembre de 1969.

DIRECTOR

Franklin Morales

ASESOR DE LA DIRECCIÓN

Eduardo Gutiérrez Cortinas

AYUDANTE DE LA DIRECCIÓN

Rafael Bayce

DIAGRAMADO

Horacio Añón

EDITOR

Julio Bayce

Editores Reunidos

Cerro Largo 949 Tel. 8.03.18 Montevideo, Uruguay

DISTRIBUCIÓN GENERAL

Arca S. R. L.

Colonia 1263 Tel. 8.32.00

**DISTRIBUCIÓN INTERIOR,
QUIOSCOS Y CANILLITAS**

Distribuidora Uruguaya

de Diarios y Revistas

Ciudadela 1424 Tel. 8.51.55

PUBLICIDAD

Vértice

Solís 1563 Tel. 9.13.22

Impreso en Uruguay por Impresora Rex S. A.

Gaboto N° 1525 — Teléfono 4.90.48

Hecho el depósito de ley. - Amparado en el

Art. 79 de la Ley 13.349 (Comisión del Papel)

Copyright EDITORES REUNIDOS

LA DIRECCIÓN NO COMPARTE NECESARIAMENTE
LA OPINIÓN DE LOS AUTORES.

2

Si tuviéramos que hallar una explicación a las razones por las cuales el fútbol nuestro cimentó su fama en la presencia de "caudillos", diríamos que ello tiene una profunda raíz histórica: el país mismo se reconoce en la venerable figura de un caudillo. Al revés de otros medios— donde la sola mención de la palabra enciende recelos— en Uruguay, caudillo encierra una honda significación. El fútbol —entraña popular— refleja en esto toda una identificación histórica.

LOS CAUDILLOS

CARLOS SOTO

SEMBLANZA

Caudillo. Con "C" de calidad, de "cancha", de "camelo", de coraje. "C" de calibre humano, con detonante sensible en el temperamento. en la audacia, en la vincha invisible que la sangre le pone en la frente para que no estallen venas y arterias, incendiados por un fuego interior que llega a temperatura de lava cuando entra en la lucha áspera. Caudillo... un ¡qué sé yo! interior que la naturaleza reparte con avaricia, como si el ingrediente fuera propenso a la desaparición. Que se manifiesta allá en la niñez como bullicio, diablura e inconciencia natural multiplicada. Que se reviste como de una clase de prepotencia cuando ya la palabra tiene fundamento y sale a decir la prescindiendo de preceptos, desconociendo bases o negándoles la solidez de los "otros". Fibra que pone los pies firmes en el estrado para la oratoria y la frase que flagela con verdad sabida pero por los "otros" callada. Que sale a la pelea de frente, como si le protegiera un signo desconocido, como si la muerte se acobardara ante una coraza de vida y se refugiara, "muerta" de envidia, en una fosa de silencio. Caudillo. Con "C" de campo. Aptitud que no se



Nasazzi nació futbolísticamente en Bella Vista y su nombre estará siempre unido a dicho club. Arriba lo vemos en 1923 dirigiendo la línea delantera. A la izquierda, ha retrocedido al área por exigencias del partido, defendiéndola con el juego de cabeza que lo hizo célebre.

Diez años después, sigue ocupando su puesto clásico en la zaga papal.



auto-avalúa, porque es capacidad que no se pesa, porque es atrevimiento que desprecia, porque es dominio que acogota a los "otros" y les niega aire para sus pulmones temerosos.

No sé como son —si hay— los caudillos de otras tierras. Conozco bien a los de mi suelo y los encuentro en mis años de guardapolvo blanco y moña azul, prendidos con vigencia en mis libros de historia y me dejan en el asombro de las cosas que se descubren y nos impactan. Y me ponen olvido y cierre a las páginas de historietas, porque sus rasgos y hazañas tienen lanza puntiaguda que sólo conocen meta de corazón. Para el orgullo, la admiración y el respeto, como antes lo fueron para matar en medio de la gritería macha. Después, cuando los años ya tenían documentos que autorizaban a mirar otras cosas, compruebo una tarde cualquiera que se me aparecen vigentes, arrogantes, con la misma audacia, con idéntica inconciencia, con igualita imposición, corriendo detrás de una pelota. La pierna lanza, el pecho coraza, el sudor vincha y trabucos los ojos en medio de gritos que no

se diferencian, con fuerza que se identifica, con valor que admite y exige comparación, aunque la lucha sea otra.

Caudillos que mandan gritando. Unos que mandan en silencio, otros... Y los que mandan por presencia, por sicología no aprendida, por naturaleza de conformación humana.

DON JOSE NASAZZI, "EL TERRIBLE"

Nunca le vi jugar. Lo tuve entre las manos como una figurita de cartón o de chapa metálica, menos acerada que sus ojos... y desde la litografía me impuso el respeto por

hablándome de la potencia de un hombre al que muchos califican de único. En la cancha y fuera de ella se hacía lo que decía JOSE. Y JOSE era uno solo, como si el nombre no le sirviera a nadie más. Caudillo por el alerta, por el aliento, por la frase construida en el segundo preciso y dicha en el momento de la necesidad imperiosa. Caudillo del grito alentador, pero sin desplante ni ofensa. Caudillo de ir al frente, protector incondicional del resto aunque el resto no lo estuviera necesitando. Caudillo por VIVEZA para captar posibilidades, alternativas y circunstancias. Para buscar y encontrar sin mucho



1924: Nasazzi capitanea en Colombes un cuadro joven que asombrará al viejo mundo. El equipo uruguayo conquista el campeonato olímpico de fútbol merced a un juego superior, hermoso y práctico a la vez.

su estampa, me despertó la necesidad de conocer su interior aunque yo no supiera todavía que existían cosas que no están a la vista... Y fue cartón o chapita con reinado permanente en mi bolsillo. Una dictadura casi.

Un día leí y supe que le decían "Terrible"... y todo lo que imaginé entonces, me lo confirmó el tiempo, las charlas entre mayores, el relato casi religioso de sus hazañas, la unción con que su nombre se pronunciaba, la voz baja de mi padre,

estudio la parte débil del adversario, la flaqueza del compañero, la brecha para triunfos, el esfuerzo para multiplicar y multiplicarse cuando la brecha era propia. Caudillo por hombría de ciudadano y atleta, por visionario, por humildad para salir al mundo y a las canchas con dientes apretados en una misma rabia de siempre. Dejó reguero de ejemplo, amilanó adversarios y estimuló al tímido que tuvo junto a sí. Caudillo para golpear cuando hubo necesidad de hacerlo, olvidado de ciertos cánones

NASAZZI

En 1935 para festejar el cuarto centenario de su fundación, Lima se propuso celebraciones trascendentes. Entre ellas un campeonato donde uruguayos y argentinos volvieran a enfrentarse, lo que no hacían desde la final de 1930 en Montevideo. Nasazzi, Lorenzo Fernández y Héctor Castro eran los integrantes de la vieja "guardia de hierro" celeste y, cerca del fin de sus actuaciones, cansados por el tiempo acudieron a defender el prestigio celeste en un torneo esperado por los vecinos de enfrente como la postergada pero ansiada revancha de aquella final, esta vez en terreno neutral. Contra todos los vaticinios en el partido final Uruguay venció holgadamente por 3 a 0. A cierta altura del partido, Lorenzo cayó hecho una masa de músculos revueltos y contraídos, atravesado por calambres. Con el pelo pegado a la frente por el sudor pidió el cambio. Entonces Nasazzi le gritó:

—¿Qué van a decir en Montevideo cuando sepan que pediste que te sacaran? ¿No te da vergüenza?

Lorenzo, levantándose, exclamó.

—Dejá Matucho, dejá, yo no salgo nada...

nes de integridad deportiva, de ética, de caballerosidad, cuando esas cosas pretendieron ser avasalladas por otros colores enfrente. Y porque el fútbol no es fútbol sin esas cosas, aun cuando se me vengán encima los moralistas. Caudillo por sola presencia. Sí. Por lo imponente. Por lo "TERRIBLE"... La primera vez que dialogué con él, lo encontré cantando en la cantina de Roque Cantucci. Y vi su sangre, invasora implacable de su rostro, representante de su vergüenza, estandarte de su temperamento, escudo de un interior tumultuoso como una catarata de coraje refinado. La mano que apretó la mía fue una morsa de huesos y nervios y los ojos —los ojos de

Nasazzi!—, eran dos tomos completos de vida que habría que releer mil veces para poder asimilar la mitad. Ojos de tiempo, de profundidad insondable, de pasado antiquísimo, de presente joven y de mañana ambicioso todavía, aun cuando los años se venían con velocidad de jet... Caudillo, porque cada minuto en la vida de Nasazzi tuvo duración de doce meses y cada año, tic tac de siglos. Caudillo porque nunca eligió camiseta ni ubicación sino que la camisa y la ubicación le eligieron a él, el UNICO JOSE, como si el nombre que le estamparon en el Civil hubiera allí nacido y allí muerto. Caudillo

Nasazzi no fabricó al caudillo. El caudillaje interior fabricó a Nasazzi. Y lo lanzó al mundo del fútbol seguro de su obra, conciente de la potencia asombrosa, peligro de muerte para quien osara hacerle frente. Caudillo en el tiempo heroico, si es que acaso el tiempo heroico no lo hizo él mismo en la indiferencia del genio que no sabe de autoanálisis.

Fue un hombre que jamás supo de medianías, que no protegió el "más o menos", sin ambigüedades, que nunca pudo ser espectador porque había nacido para ser actor. Por eso no supo aplaudir, porque los aplausos fueron ruidos exclusivos

No le vi jugar. Pero eso no excluye que aquilate la dimensión tremenda de este hombre por encima de la pequeñez general con que siempre valoramos nuestras cosas, aun aquellas más inmensas, tal vez por natural idiosincrasia de este pueblo nuestro, tan proclive a la euforia y tan indiferente a la recordación más profunda. ¡Nasazzi campeón Olímpico dos veces, campeón del mundo y sudamericano! Las distancias son más pequeñas que sus hazañas. El tiempo es enano ante el gigante que VIVIO así.

Porque también acaudilló al tiempo, a las distancias, a la propia muer-



NASAZZI SALE A GANAR. Sereno, seguro, poderoso, "El Mariscal" pisa el césped del Estadio de Amsterdam al frente de una escuadra de astros, para vencer en la final olímpica, el 13 de junio de 1928.

porque fue el del rezongo a tiempo, el de la palmada amistosa y reconfortante; el del grito exigente adornado con esa carajeadita con "C" de caudillo... Altivo hasta para la palabra de adiós al compañero, cuando la tierra reclamó lo suyo; orgulloso y hasta agresivo para decir la verdad, siempre LA VERDAD, aunque la mentira establecida pretendiera ponerle muro de contención. Y los ojos de Nasazzi demolieron ese muro, porque las pupilas tenían potencia de bomba y la mentira, para él, debilidad de flan.

para sus oídos. Un actor para escenario único, con boca tan ancha como el mundo y un telón que sólo podía caer si el tramoyista usaba el apellido muerte. Caudillo hasta para preferir el silencio, el ostracismo, antes que la queja, antes que la protesta mocosa o el llanto retenido que se va en mohines. Caudillo por "apropiación debida", sin tirotearse con la vanidad o entregarse al amor propio, ¡sin "yoísmo" de Nasazzi, sin enamoramiento de JOSE...!

Caudillo en la observación, en la medida, en el juicio y en la actitud.

te que tuvo que esperar a que él quisiera irse, ella que siempre es cobradora implacable de las deudas que el hombre contrae mientras respira.

Un caudillo que avasalló la historia. Que se metió en ella con prepotencia amable en el trato, pero con ferocidad en la lucha. El hombre y el caudillo jamás podrán desglosarse porque son tan indivisibles como madre e hijo, tan inseparables como hielo y frío, tan unidos como mar y arena.

Caudillo de la amistad sin importarle el viento en contra. Tal vez el

primero que captó, que supo, que valoró la potencia del grupo humano, haz de voluntades capaces para el sacrificio, carril que lleva a la meta más lejana y, llegando, se apresta de nuevo a la salida que amplíe el horizonte de hazañas, las mismas que él comandó junto a un resto que valoró su contenido. ¡El fabuloso contenido de JOSE...!

"EL NEGRO" OBDULIO

Otro que no tiene necesidad de apellido ¿para que lo quiere? Varela existen muchos pero hay UN SOLO Obdulio. Caudillo sin tener absolutamente nada que ver con los otros, sin puntos de contacto, sin asidero para la comparación, aun cuando la gravitación en la cancha haya dado idénticos resultados positivos. Sicólogo y filósofo. Observador profundo, estudioso instintivo, detallista sin proponérselo, sagaz sin que sepa calibrar que es eso. Incisivo, oportuno y en muchas cosas, introvertido. En la cancha ¿era un extrovertido? ¿Qué mundo interior lo diferencia o lo hace distinto? ¿Qué valores se han conjugado para la elaboración de este singular hombre, capaz en la audacia o el raciocinio de proponer-

se y lograr acallar a una multitud de doscientas mil almas? Importancia de la calle en su formación; contacto directo con las cosas difíciles, tal vez con la necesidad. Cultura callejera que va asimilando hasta profesarlo, graduarlo en "mundología", exonerarlo en picardía, honoris causa en viveza. Después una multitud de sueños no concretados; sueños donde el fútbol aparece pocas veces porque el logro es deseado para otras cosas que no confiesa pero siente.

Arcilla natural noble y la mano hábil de la vida modelándola hasta ver su obra expuesta en atributos inestimables para ser caudillo en fútbol. Un concepto muy suyo de acontecimiento o hechos. Una forma de ver cómo los demás no quieren o no saben. Un arraigo profundo a sus convicciones, una trampa que él mismo se tiende si entra en el juzgamiento de los demás. Por eso alguna vez se quiere imponer silencio definitivo, tal vez en la comprobación de errores propios o decepciones que los otros le regalan sin su pedido. Quiso decir adiós a sí mismo, sin despedirse de esos otros porque intuyó el engaño, porque comprobó falsedad, inconstancia, podredumbre de

almas que había creído sin sospechas de dobleces. Tal vez, en el fracaso de la intentona suicida, vino el reencuentro con su coraje y el estímulo para seguir. Hasta la partida anónima hacia la orilla de enfrente a hacer equilibrio entre los andamios de una construcción, cuando aquí (1948) la profesión futbolera tenía protesta de huelga. Sin decir nada. Igual que cuando se acercó a la orilla del muelle. Un hombre así es CAUDILLO de sí mismo y tiene OBLIGACION de demostrar que lo es ante los demás. Porque la naturaleza es avara con ese ingrediente e impone la OBLIGACION de ser usado en el mejor aprovechamiento. Y sale a las canchas, primero sin número y luego con un cinco en la espalda a cumplir un signo de mandato, un ciclo de historia, mil páginas recuadradas. "El Negro" Obdulio que anda al tranco porque ha nacido para capataz y los capataces tienen que ordenar pensando sin apresuramientos.

Obdulio trae lo suyo, lo que le pertenece y le agrega el aditamento de la cultura empedrada, del estaño temprano, de la copa antes de la edad establecida, del rancho que le arrima concepto de la amistad y le

Nasazzi protege el arco en la final del 28, mientras Mazali sale y desbarata una carga argentina. El capitán celeste era un celoso guardián de la valla durante las impetuosas salidas del arquero olímpico. La complementación de estos dos colosos era una garantía adicional para el último reducto uruguayo.



OBDULIO

Un sábado alguien ubicó a Obdulio y lo citó para un café. Le ofreció \$ 3.500 por "ir a menos" al día siguiente. Obdulio tomó el dinero y lo depositó en manos del dueño del café. Fue a entrevistar al presidente de Wanderers—don Daniel Tarrés— y le relató lo sucedido.

—Póngame si quiere. Pero yo prefiriría no jugar. Si ando mal, ¡las cosas que van a decir!

—Te conocemos. No hay ningún problema. Jugás vos. Wanderers ganó 1-0. Cuando terminó el partido, Obdulio le pidió \$ 0,10 para el tranvía.

Frente al estupor de doscientas mil personas—multitud jamás reunida para presenciar un partido de fútbol— cuando la pelota de Friaça llegó a la red a los 5' del segundo tiempo en la final de Maracanã, Obdulio la tomó debajo del brazo y fue hasta donde estaba el línea, persiguió al juez inglés, pidió un intérprete, hizo ademanes "protestando" una presunta irregularidad en el gol, que él sabía "era flor de gol". Los cohetes y las palmas y los gritos fueron haciéndose cada vez más espaciados hasta silenciarse aquel mar humano: era lo que Obdulio se proponía. Le confió a Víctor Rodríguez Andrade: —"Espera. No la muevan. Voy a protestar y vas a ver que cuando vaya al medio esto es un cementerio". Fue así, exactamente así. Obdulio Varela consiguió elevarse sobre doscientas mil personas y crear la gran duda colectiva. La misma que usufructuarían primero Schiaffino y después Alcides Ghiggia.



Ahora "El Terrible" aleja de cabeza un ataque argentino, mientras Mazall vigila. Nasazzi tenía un amplio dominio del área, una seguridad notable en el juego de alto y un poderoso despeje de cabeza.

enseña el diálogo en voz baja y que escuchar es más importante que estar hablando siempre. ¡Qué bagaje enorme que aporta al fútbol! ¡Qué palenque bárbaro que sirve al novato para rascar su inexperiencia, su avidez de conocimientos! Y Obdulio lo va regalando con bondad de negro estoico, olvidado de sueños aguillotinados que pasan a ser recuerdo. Y en sus ojos de alerta permanente, entra a asomar la bondad intransferible, la comprensión que antes no admitía porque la consideraba una "colada". Así nace el Obdulio Capitán y Caudillo. Por tácita aprobación del resto, porque nadie amaga al rechazo, porque hay como una designación divina que entra sin forcep. Y es el capitán, el manda-más que carece del grito destemplado o la palabra insultante... Tiene sí, el vozarrón, la aspereza del tono, el graficismo que hace reír u obliga a profundizar. Ahí es cuando también toma "posesión de cargo" el filósofo popular, el consejero, el que presta su espejo para que se contemplen

otros, tal vez aburrido de haberse visto tanto y comprenderse mucho más.

¡"Estos catalanes..."! Y lo dice con algo de suficiencia, de subestimación estudiada, de inyección que tonifica, de revés dicharachero que satiriza y achata adversarios antes de pisar la cancha. Porque la cancha del "Negro Jefe" es la cancha de la calle. Él sabe pegarle de "chanfle" a la vida, contra el cordón, para que vuelva mansita y al lugar que uno le ha destinado de antemano. El compañero piensa con su cerebro, el rival se siente impotente y anula el suyo, influido por algo que no comprende pero que le vence.

¡"Estos catalanes se mueren todos..."! Lo dijo en Maracanã cuando el equipo celeste perdía uno-cero... y agregó: "¡ahora le hacemos dos goles y se quedan patas pa'arriba!" ¿Convicción? ¿Seguridad basada en qué? ¿Mandato de fuerzas ocultas que le tenían por trasmisor? ¿Visionario? ¿Qué sé yo! Pero verdad auténtica, histórica, ¡casi increíble!



1930: el saludo de los capitanes, Nasazzi y "Nolo" Ferreira, en el centro del Estadio Centenario, donde el fútbol uruguayo confirmaría su superioridad. Nasazzi ejercía un liderazgo que emanaba naturalmente de su persona. No solamente la seguridad de su juego sino su presencia, su autoridad, constituían un acicate moral muy elevado para los cuadros que comandaba. Si se recuerda que "El Mariscal" capitaneó tres equipos campeones del mundo y cuatro campeones de América, además de obtener otros triunfos locales e internacionales, bien puede afirmarse que ha sido el jugador más laureado del mundo de todos los tiempos.

OBDULIO

En 1942 se jugaba un partido con Peñarol que ganó Wanderers 2-0. Obdulio era el capitán y sus protestas habían colmado la paciencia de Aníbal Tejada, juez del partido. En cierto momento un jugador aurinegro hizo un violento foul y allá corrió Obdulio. Tejada pensó que venía a protestar y lo encaró. "Vengo a rogarle que si algún jugador de mi cuadro hace un foul así, lo eche de inmediato", fue la imprevista salida de Obdulio, que Tejada recordaba años después. "No tuve más remedio que reírme".

¿Quién es Obdulio? ¿De dónde sale este negro bárbaro? Brasil se lo pregunta y veinte años después, siguen sin encontrar la respuesta. Ni siquiera nosotros, a pesar de razones que suelen ser, felizmente, muy uruguayas. Antes le había empatado a España solo ¡porque se enojó y no encontraba a nadie para darle la pelota! ¡Tiró y a otra cosa! Y fue a repetirlo en Suiza cuatro años después. ¡No fuera que algunos anduvieran creyendo en eso de las casualidades...!

¡La palabra de Obdulio... como la de José! El caudillo aumenta su dimensión en el tiempo, cierto, pero su presente de ayer está ratificado por números e historia, por memoria fresca, por realidad irrefutable, por fundamentos tan sólidos como sus piernas larguísimas.

Un sicólogo natural. Uno que "sabía" antes que se supiera. Que decía antes que nadie dijera. Que exigía lo que antes se había exigido a sí mismo, quizá con superior insistencia. Uno que en el cuarto de vestir volatilizaba el "flit" de su confianza hasta que impregnaba aun a los utileros y a los más descreídos. Que nació con un hueco debajo del brazo derecho para tener el lugar exacto donde apretar la pelota cada vez que se le antojó parar el partido.

"EL TITO" GONCALVES

El de la última hornada. El heredero. Porque él no se apropió absolutamente de nada. Le llegó legalmente cuando se abrió un testamento celeste con firmas auténticas que

GONÇALVES

Después del partido de mayo del 66 en que vencieron a River Plate en Santiago y obtuvieron por tercera vez el título continental, Néstor Gonçalves explicaba en parte la sensacional imposición.

"Al otro día del partido estábamos en el aeropuerto para venirnos cuando llegaron los de River. El trato fue frío por ambos lados. De repente alguien que hasta hoy no sabemos quién fue, por los parlantes donde anuncian la llegada y salida de aviones, hizo esta pregunta ¿Quién es el "padre" de River?. Y una voz finita contestó "Peñarol!". Yo tenía enfrente a varios muchachos de River y me dio vergüenza... Tenemos temperamentos distintos... Ellos no reaccionaron. Si a nosotros nos hacen una cosa así, no queda ahí... Usted me decía que soy el caudillo de Peñarol. No es eso. Es que en Peñarol hay muchachos que aceptan una indicación o un grito. En ese resultado se fueron sumando cosas. Primero el trato a los hinchas nuestros en Buenos Aires. Después la pelea en la puerta del local donde doscientos vinieron a agredirnos a treinta. Y en los partidos hay momentos claves. El primer gol de nosotros fue uno. Es una jugada que hemos practicado: pegarle de abajo para que caiga bruscamente detrás del defensa. Con hombres como Alberto y Joya que en dos metros sacan uno en el pique, da buenos resultados.

Yo qué sé... Después del partido, en mí predomina lo sentimental más que lo técnico o táctico. ¿Cómo olvidarme por ejemplo de las caras de los jugadores nuestros que jugaron los últimos quince minutos llorando?"



Nasazzi y Lorenzo Fernández, dos tanques del equipo uruguayo que ganó el Campeonato Sudamericano especial de 1935, en Santa Beatriz, Lima. Junto con Ballestrero y el "manco" Castro fueron los "veteranos" y la columna vertebral de un cuadro formado por figuras jóvenes que derrotó holgada y sorpresivamente a un equipo argentino de consagrados. "El Mariscal" y "El Patrón" conformaron dos expresiones distintas pero igualmente valederas de la mentada "garra" celeste, puesta a prueba en la recordada final del 35. Una sabrosa anécdota que se relata en estas páginas los pinta de cuerpo entero.

resistieron los más severos peritajes. Uno del campo. De "tierra adentro", dicen, pero él traía adentro algo que no sabía definir pero le urgía mostrar. Caudillo a la edad en que todavía se debe ser aprendiz, montonero. Caudillaje de presencia soberana que —como Obdulio— puede escapar o no a la calificación futbolística pero se queda de pie sin bamboleos frente a cualquier resistencia a su PERSONALIDAD.

Una formación cultural distinta. Aulas con profesores, con quebrados y ecuaciones, con lenguaje y geogra-

equipo con jerarquía internacional, pelotas que no ovalaran como aquellas del pago ni árbitros que sancionaran un off-side al ejecutar un outball. Quería camisetas con colores de fama, para jugar en campeonatos de importancia nacional, sudamericana y mundial. Quería —y no se daba cuenta— MANDAR a nivel de caudillo. Emponchado en inteligencia y con golilla distintiva de la seguridad en sí mismo.

¿Sicólogo? Tal vez, pero no es su fuerte. Diría yo que su apoyo es la astucia, la sagacidad del hombre de

quienes son reacios a ella, sin duda por la misma ignorancia. Caudillo en una época especial de desconfianzas, de recelos, de hombres que vivimos "devorando con temor de ser devorados", de envidias que se nos cue-
lan casi sin que nos apercibamos de ella, de juicios despectivos "porque están de moda" sin análisis, sin medir consecuencias ni daños. Época de charlatanes baratos que parecen encontrar placer en despotricar contra el triunfador, concientes de su propio fracaso ventilado por la mayoría sin secretos.



Nasazzi en Nacional. En 1933 integra y capitanea "La Máquina", uno de los más famosos equipos tricolores, y forma con Eduardo García y Domingos Da Gula el triángulo final: el inolvidable "Triángulo de Oro".

fía, con respuestas aprendidas a muchas preguntas porque la enseñanza le dio contestación a la curiosidad. Porque los textos estuvieron no sólo en sus manos, sino en su mente, en su memoria. En el acervo cultural que le situaba a nivel distinto a una generalidad de antes. Todo esto acoplado a una sabiduría futbolística que quería canchas con tribunas enormes, que estaba reclamando espectadores más sapientes, periodistas mejor especializados, compañeros de

campo. Y una astucia cultivada en libros y en contacto con distintos medios que fueron dejando secuela de mejores aportes. ¿Un mandamás por prepotencia? No, tal vez, un respetado por gravitación y en ésta, un solo atributo perfectamente definido y fundamental. ¡PERSONALIDAD! ¿Su palabra es ley? Sí, en algunos aspectos, porque emana con autoridad, porque la cultura será siempre transmisora de respeto y porque ella se acepta aun a regañadientes por

En un momento del mundo en que son rechazados los mandamás y el fútbol no escapa a la situación, Gonçalves fue y sigue siendo "El Tito", mote que le identifica con partidarios y rivales, que le ubica en dimensión de tiempo y victorias, al margen de camisetas o colores... Grito de advertencia, consejo que ayuda, reclamo que apoya más que acusa, también ha sido el del tranco, por aquello de que el capataz tiene que andar despacio para pensar mejor.

TRES VECES CAMPEON DEL MUNDO: NASAZZI

La historia de José Nasazzi en el fútbol internacional —donde habría de recoger los laureles en una proporción hasta hoy desconocida— comenzó, como si estuviera predestinado, cuando aún era un oscuro jugador de competencias de barrio. En 1922 debutó como centro delantero defendiendo a la Liga Nacional, compuesta por empleados y obreros, frente a su similar Argentina. Al año siguiente —el 4 de noviembre de 1923— lo haría oficialmente con la camiseta celeste durante el partido con los paraguayos correspondiente al Sexto Campeonato Sudamericano, realizado en Montevideo. Fue en el Parque Central y esa tarde los uruguayos alinearon a Casella, Nasazzi y Uriarte; Andrade, Vidal y Ghierri; Ladislao Pérez, Héctor Scarone, Petrone, Pedro Cea y Somma.

Fue un debut victorioso: Uruguay venció a un rival que le había doblegado en Río un año antes y en Buenos Aires en 1921.

Desde entonces se consagró como back derecho. Jugaba "suelto" en el área y tal vez fuera más acertado llamarlo "back escoba" de acuerdo a la moderna terminología. Tanto que en la Asociación hay una placa de bronce donada por el capitán de la selección yugoslava al Campeonato del Mundo de 1930, donde se le llama "el mejor back izquierdo del mundo".

Al frente de las selecciones compatriotas perdió en contadas ocasiones con los argentinos: apenas cinco partidos y ninguno decisivo, habiendo estado en la final de Amsterdam en 1928 y de Montevideo de 1930. Frente a Brasil perdió sólo dos veces.

Su extraordinaria ascendencia la refleja el hecho que —siendo jugador de Bella Vista, club al que defendió desde sus comienzos hasta 1933, en que pasó a Nacional —en ocasión de la célebre gira realizada por los del Parque Central a través de Europa, en 1925, era el capitán de un club que no

sólo no era el suyo sino que contaba con numerosos campeones olímpicos.

La misma situación se produjo en 1927, en ocasión de la gira por América del Norte. En 1931 capitaneaba a su club, Bella Vista, en los partidos jugados por el Pacífico y México.

Sumando sus partidos internacionales —la excursión europea de Nacional fue oficializada por la Asociación— jugó más de cien.

Capitán de las selecciones coronadas en Colombes, Amsterdam y Montevideo, pasó a la historia del fútbol como "El terrible", "El Mariscal" o simplemente "El Capitán". Fue campeón sudamericano en 1923, 1924, 1926 y 1935.

Al instaurarse el régimen profesional abandonó Bella Vista y pasó a Nacional, donde jugó hasta 1936, clasificándose campeón uruguayo en 1933 y 1934.

Fue un profundo observador del juego y quizá el primero en captar las nuevas exigencias que planteaba a los delanteros la nueva ley de offside aplicada desde 1925, que sorprendió a Nacional en plena gira. Lesionado Pedro Petrone durante el partido frente a Barcelona, Nacional recurrió a Barlocco, Héctor Castro y Borjas como centrodeltanteros, hasta que en Viena, para enfrentar al Rapid F. C., apeló a Nasazzi en el centro de la línea delantera. Esa tarde Nacional ganó por 2 a 1, convirtiendo el primer gol. Tres días después enfrentaron a la selección austríaca y vencieron por 2 a 0, los dos del propio Nasazzi. Terminado el magisterio adelante volvió a la zaga.

El 27 de setiembre de 1936, frente al seleccionado rosarino, jugaría su último partido internacional. Se retiraba sin que ningún equipo seleccionado europeo le hubiera vencido al frente de las huestes celestes. Al año siguiente, el 2 de mayo, frente a Bella Vista, actuará por última vez oficialmente por Nacional, que alineó a Tovagliari, Cadilla y Nasazzi; Ferrou, Olivera y Aguirre; Porta, Minoli, Ciocca, Arispe y Olano.

EL DEL HISTORICO DESAFIO: OBDULIO

CONTINUA EN PAG. 38

En 1938, procedente de Deportivo Juventud, el Montevideo Wanderers obtuvo el pase de Obdulio Jacinto Varela, quien en esa temporada jugó pocos partidos. Debutó contra River Plate en la cancha de Bella Vista, perdiendo su equipo por 1 a 0. Sin embargo esos pocos partidos bastaron para que fuera escogido para integrar

el seleccionado que concurriría a Lima al décimo tercer Campeonato Sudamericano. Fue como suplente de Eugenio Galvalisi, que ya actuaba en Nacional, si bien aún lo hacía generalmente como half, reservándose el medio para Ricardio Faccio.

Frente a Paraguay, Obdulio Varela debutaría como internacio-

nal, sustituyendo al jugador de Nacional en un segundo tiempo donde la formación celeste se presentó con Granero, Zaccour, Mascheroni, Zunino, Varela, Viana, Porta, Ciocca, Lago, Severino Varela y Camaití. Se ganó por 3 a 1. Al año siguiente participaría en el Sudamericano de Chile, alternando con Sixto González, formi-



JOSE NASAZZI "EL MARISCAL", "EL TERRIBLE", "EL CAPITAN"

Campeón olímpico en 1924 y 1928. Campeón mundial en 1930. Campeón sudamericano en 1923, 1924, 1926 y 1935. Campeón uruguayo en 1933 y 1934. Capitán de todos los equipos campeones en esas oportunidades.

Back derecho de los seleccionados uruguayos. También centro-half y centro forward en Bella Vista y Nacional.

Caudillo por excelencia. Señor del área. Ganador por juego y autoridad. Quizá la figura más representativa de todos los tiempos del fútbol más glorioso.

Foto: DEL RIO

TITO GONCALVES: DE AMERICA Y EL MUNDO

Gonçalves ejemplifica todo el hondo proceso de transformación que se ha operado en el fútbol nuestro a partir de la década del 60: su descollante actuación se desarrolla sobre todo en Peñarol al extremo que nadie ha integrado un equipo de club tantas veces laureado.

Su llegada a Peñarol procedente de Universitario de Salto coincidió con una vuelta de tuerca en toda la filosofía de conducción futbolística: a la exclusiva gloria deportiva con que se agotaba, se agregaría en adelante el montaje de equipos de costo sideral detrás de la eclosión de formidables competencias mundiales interclubes.

En 1956 practicó con nombre cambiado en Peñarol y motivó un serio entredicho. Al siguiente fue nombrado para integrar la selección uruguaya que competiría en el Sudamericano de Lima, formada sólo por jugadores de Nacional y los clubes menores. Fue como suplente de Lezcano, del renombrado Danubio de entonces, y debutó el 23 de marzo de 1957 en el Estadio Nacional de Lima en una selección integrada por Taibo, Correa, Santamaría, Edgardo González, Gonçalves, Miramontes, Campero,

Pippo, Ambrois, Carranza y Walter Roque: triunfaron los celestes por 5 a 3.

De inmediato se incorporó a Peñarol, para donde había pedido pase antes de viajar; se clasificó campeón uruguayo 9 veces: 1958, 1959, 1960, 1961, 1962, 1964, 1965, 1967 y 1968. Por la Copa Uruguay jugó veintidós partidos frente a Nacional y sólo perdió tres. Desde el funcionamiento del Estadio Centenario en 1930, ningún futbolista ha jugado tantos partidos como él, superando largamente el número de presentaciones de Aníbal Paz.

Dos veces (en 1961 y 1966) fue campeón mundial interclubes y tres campeón de la Copa Libertadores de América (1960, 1961 y 1966).

Su excepcional ascendiente sobre el plantel, llevó a que fuera escogido capitán de Peñarol.

Cincuenta y tres veces formó en la selección nacional hasta la fecha, lo hizo por última vez en Buenos Aires el 5 de junio de 1968, frente a la selección argentina, formando Uruguay con Mazurkiewicz, Dalmao, Montero Castillo, Méndez, Gonçalves, Mujica, Virgili, Rocha, Espárrago, Ibáñez y Morales.

EL DEL HISTORICO...

VIENE DE PAG. 35

dable jugador de Liverpool, la titularidad de una plaza cuyo ejercicio no abandonaría sino prácticamente con su carrera.

Consagrado campeón sudamericano en 1942 —certamen jugado en Montevideo— solicitó su transferencia para Peñarol donde se clasificó campeón uruguayo en 1944, 1945, 1949, 1951, 1953 y 1954. Ningún jugador aurinegro ha superado el número de veces que enfrentó a Nacional por la Copa Uruguay: veinticuatro partidos de los cuales ganó diez, perdió nueve y empató cinco. En este aspecto local, estadísticamente no fue un "ganador" neto, pero debe considerarse que afrontó un extraordinario ciclo del Club Nacional: en la selección su per-

sonalidad hallaría la resonancia que merecía.

Jugó dos torneos mundiales: en Brasil el de 1950 y el de Suiza en 1954 y se retiró sin que la formación que capitaneara fuera vencida, pues no jugó frente a Hungría y Austria en el 54. En uno y otro torneo fue autor de célebres goles: el del empate frente a España en el estadio de Pacaembú de San Pablo, y el de desempate frente a Inglaterra en el estadio San Jacobo, de Basilea. Este gol —el segundo celeste— se produjo a los 42' del primer tiempo y el esfuerzo que hizo al tirar le produjo un desgarramiento que le confinó en la punta izquierda en el segundo tiempo y le eliminó de los partidos siguientes. Fue ésa frente a Ingla-

terra su última defensa de la selección celeste. Al año siguiente también concluiría su actuación en Peñarol, en circunstancias especiales. En el invierno de 1955 Roque Máspoli y él se hallaban a cargo de la dirección técnica del equipo. El 19 de junio enfrentaron en Río de Janeiro al América, formando los aurinegros con Borghini, Mirto Davoine, William Martínez, Rodríguez Andrade, Vicente Mauriño, Elías Barrios, Borges, Abbadie, Míguez, Romay y Galván. Obdulio se incluyó en los últimos 45' de un partido que se perdía y se convenció que "no estaba" para jugar. Se autoeliminó del equipo aquella noche en que su club perdió por 4 a 1.

LA GLORIA TAN TEMIDA

Entró frotándose las manos, como si tuviera frío. Tenía una camisa azul de manga corta, pantalón "pied de poule", unas zapatillas sin medias. Me pidió disculpas por el "desorden" de aquel living, apartó unos vestidos que colgaban de una silla ("mi mujer cose para afuera y no han venido a retirar"), y después instaló su bullicio en la punta de la mesa. Me quedé mirándolo en silencio. Él esperó mis preguntas, pero me halló vacío, descubrí que no tenía preguntas, sólo recuerdos, hermosos recuerdos, disparates de tiempos viejos milagrosamente presentes. Entonces hilvané una frase para salir del paso, como bien pude hablarle del tiempo.

—Así que duerme hasta tarde...

—Sí. Si no viene usted sigo durmiendo. Me acuesto tarde todas las noches, a las tres, las cuatro de la mañana. Después de todo, comer, tomar y dormir es lo único que se lleva. Por eso, de mañana, "chanta cuatro".

—El empleo ayuda a trasnochar.

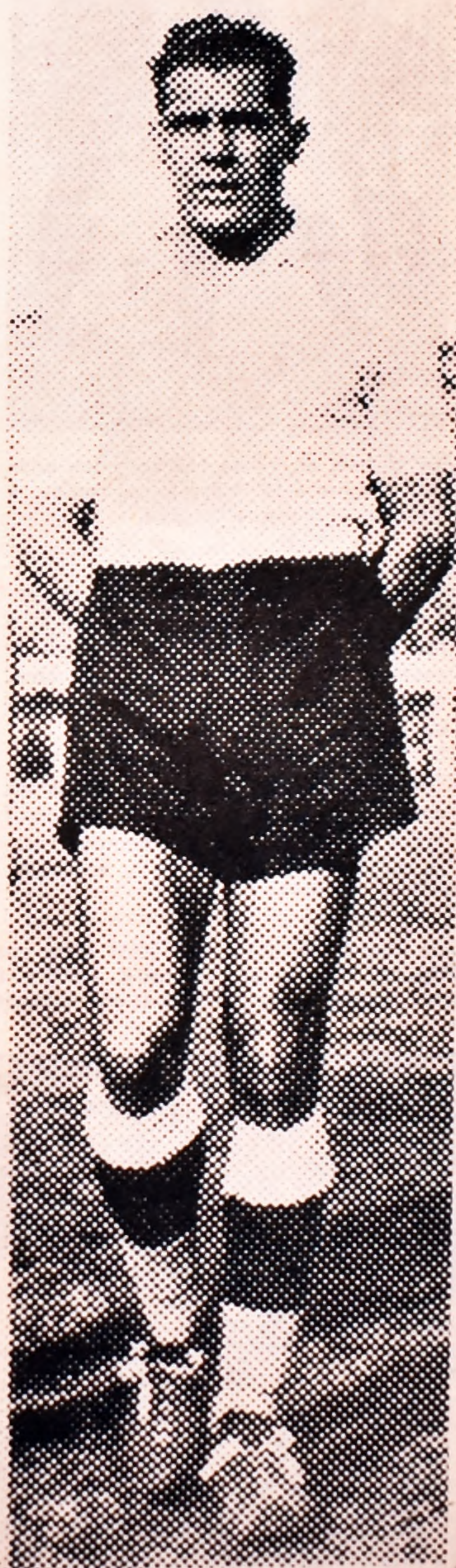
—Y sí, el Casino es para los trasnochadores. Es buen empleo. Pero hay que aguantarlo. Se trabaja con luz artificial y la vista sufre un disparate. El olor a tabaco mata, es como si usted estuviera fumando sin tocar un cigarro. Yo me ahogo. Me paso tomando pastillas para el asma, pero no le doy "bolilla". ¿Es la forma de vivir? ¿Qué le va a hacer?

Mira el piso, se ríe del asma, del olor a tabaco, de la luz artificial, de las píldoras, tal vez de mi falta de imaginación.

—Esa es la forma de vivir. Reírse: si se pone a pensar está muerto. La otra cosa es dejar el pasado quieto. Una inequívoca advertencia.

—¿Qué hace en el casino?

—Nada. Soy ayudante, me paro y miro. Me gusta observar, siempre me gustó observar a la gente. El que va a timbear, no mira nada, sólo le interesan las fichas, por eso hay que cuidarse los bolsillos. Y ahí no gana nadie: si juegan los treinta y cinco números sale uno que está adentro de la ruleta. Yo los observo. Los veo llegar con las libretitas en la mano, con números que traen de la calle, que modifican adentro, que vuelven a modificar después... Había uno que se escondía atrás de una columna mientras cantaban. Después aparecía como



Obdulio en el 45. Fue el 18 de julio y esa tarde frente a los argentinos hizo los goles celestes para un empate a dos por la Lipton.

si recién hubiera llegado, haciéndose el bobo... ¡Fíjese usted! ¡Podía estar todo el año detrás de la columna!

Gesticula, abre los brazos, termina sus frases con una guiñada y una carcajada, espionando la reacción de quién tiene enfrente. Silba para acentuar su "asombro". Se ríe y me río yo también, aunque no sé exactamente de qué, arrastrado por su magnetismo, por el caudal inagotable de un presente que resume esa rara condición que torna a algunos escogidos en profetas y al resto en pastores. Me habla del Casino y me explica Peñarol del 49, Maracaná, Suiza. Siento latir en sus venas —allí en medio de la mañana callada, cómplice— el rugido de multitudes, oigo himnos de acero que le vienen cantando desde hace años, compañeros del presente, fantasmas del pasado. Por un rato siguió hablando del Casino.

—Si usted filma lo que pasa allí adentro ¡qué Carlitos Chaplin! No hay mejor película cómica en el mundo. Una cosa increíble, para matarse de risa. Eso es lo que hago: observar a la gente y reírme de la estupidez.

En eso pasa su hijo rumbo a la puerta de calle. Una hija, que se casó hace seis meses, vive en el Cerro. El muchacho tiene del padre el andar y la risa, pero heredó poco más al menos para la imaginación popular: no juega ni le gusta el fútbol.

—Era medio "chambón".

Era la primera vez que mencionaba la palabra "sagrada". Fútbol es para la generalidad su pasado; y al pasado hay que dejarlo quieto. Ahora no recuerdo exactamente lo que le dije, sólo lo que pensé, lo que pude argumentar para hacerlo internar en aquellos años. Él viene a ser el héroe de nuestros humildes cantares de gesta, de nuestras más hermosas leyendas, de una literatura anónima que se transmite por tradición oral de esquina en esquina. Es el protagonista de nuestro Cantar del Mío Cid sin destierro ni la vileza de los Condes de Carrión. Es el caudillo de un pueblo que muchas veces halló en las canchas del mundo, la medida de su valor, el termómetro de su coraje, el nivel de su orgullo.

—Sabe lo que pasa, que acá se terminó todo. Hoy es un país distinto y si uno se pone a hablar creen que es de amargado que está. Yo si veo ju-

gar al fútbol enfrente doy vuelta por atrás de mi casa. Para mí se acabó para siempre. No quiero saber de nada, no quiero hacerme mala sangre después de viejo. Cambió todo como en el país. O cambió el país y después cambió el fútbol. Yo no sé. Pero sé que cambió de pies a cabeza. Y para empeorar, para descomponerse. La gente que está en el fútbol no es la de antes. Por eso me encuentra todo el día allá en la cancha del Jackson, jugando a las bochas. Camino. Tomo aire. A veces ando sin rumbo. Siempre me gustó. Pararme, mirar, entrar, seguir.

—Y aun sin ir, ¿qué sabe del fútbol actual?

—Lo que se habla, lo que leo en los diarios. A mi criterio faltan dirigentes y entrenadores. Recuerdo cuando Miláns volvió de la gira por Europa con la selección, antes del Mundial. Presentó un informe ¿para qué servía si fuimos a meternos abajo del arco a esperar los pelotazos? ¿Dígame para que servía semejante cosa? ¿Qué es lo que se puede estudiar así? ¿Ver cómo los otros nos tenían acorralados? En el fútbol hay una sola verdad: al contrario hay que "mojarle la oreja". Si usted quiere ver qué es capaz de hacer, ¡mójele la oreja! Lo que pasa es que acá no hay entrenadores capaces.

—¿Alguien como Hirsch?

—¿Quién le dijo que Hirsch era bueno? Tenía un millón de jugadores. Ahí estaba todo el secreto. Después



En Berna, en el 54 frente a los checos. Terminó el partido y recibe a Miguez entre sus brazos.

volvió como "salvador" queriendo repetir "el milagro" y se tuvo que ir a los dos meses. Claro, de ésta no se acuerda nadie. Yo lo conozco bien. A mí nadie me puede decir que era buen entrenador.

—¿Ninguno sirve entonces?

—Ninguno. Quieren dar vueltas las cosas, copian lo que hacen en otros lados. El fútbol de hoy es choque, fuerza, pelota de primera. Yo lo veo hasta

en el baby-fútbol. Está bien, aleja al muchacho de la calle, yo me "hice" ahí, y sé lo que es. Vendí diarios, hice de todo. Por eso sé que está bien que los alejen. Pero en el "baby" se quiere matar al jugador nuestro. Todos los días venían chiquilines del barrio a buscarme para que los viera. "Venga a vernos Jacinto", me corrían desde que bajaba del ómnibus hasta la puerta de mi casa. Y una noche que volví temprano me quedé allí en Tomás Claramunt e Industria mirando jugar. Había un pibe que la amasaba. ¡Lo llamaron enseguida! "Hay que pasarla de primera". A amasar vaya a una panadería! Me agarré un "chino" bárbaro y me fuí enseguida...

Hace una pausa y después reinicia la conversación como si ocurriera una explosión, como temiendo haber dejado vacíos y sin importarle mucho si el que está enfrente intenta la exploración de otros temas. En una palabra: Obdulio habla, desde la inmensa autoridad de su pasado, habla. Si quien está enfrente quiere escuchar, bien, adelante. Si no, ¡al demonio con él! Pero buenamente, sin alarde, sin vanidad, sin darse cuenta.

—Y está el rubro dirigentes. Un día siendo entrenador de Wanderers fui a jugar un partido a cierta cancha y un dirigente hoy muerto, un señor muy importante, dueño de muchas cosas, director de otras tantas, se acercó y me dice:

—Obdulio, tenemos que ir al empate.

Uruguay entra a Pacaembú en la tarde del 9 de julio de 1950 para enfrentar a España. Schiaffino y Obdulio al frente, detrás Tejera, Julio Pérez, Miguez, Rodríguez Andrade. Perdía Uruguay y Obdulio empató el partido. "Tiré de rabia. No tenía a quién dársela. Había barro y Ramallets resbaló, tampoco la vio; había mucha gente delante. ¡Si tuve una suerte bárbara!"



—Yo no quiero acomodados, le grité. Si gano yo, adiós; si no gano, también adiós que te vaya bien.

Yo no conocía esa manzana. Alguna vez me pasó como jugador pero siempre pensé que eran tipos que andaban más o menos cerca de las directivas, que más bien lo hacían de "patriotas". ¿Cuándo iba a pensar que así, oficialmente, el presidente de una institución de Primera División viniera a hacerme ese ofrecimiento? ¿Así se puede trabajar?

Mientras habla su cara adopta diez actitudes distintas. Frunce el ceño, levanta las cejas, silba, abre desmesuradamente los ojos y en cada uno de estos gestos impensados, fabricados al ritmo de la frase y muchas veces disueltos antes de llegar al final, tiene una asombrosa franqueza, su querida y temida franqueza.

A veces leo que Corazo está en Sud América, que Porta se fue, que Bagnulo va a Rampla, que William Martínez está acá o allá. ¡Son siempre los mismos! Si la cosa no marcha ¿cómo es posible que este "negocio" esté siempre en las mismas manos? Todavía se hacen los enojados si pierden: "no se cumplieron las instrucciones". Como Juancito López en el 50. Con toda la gente que está, yo contrato ocho y no me arman un cuadro de fútbol. El fútbol es como la política: son siempre las mismas mascaritas. No sé qué empeoró primero. En la Argentina pasa lo mismo. D'Amico en River, D'Amico en Boca, D'Amico en Rosario, en veinte clubes. El "Pipo" Rossi igual. Está en la misma. Y un montón más.

Se queda un instante en silencio y aprovecho la pausa para llevarlo para otro lado.

—¿Cuál fue su época más feliz?

—¡La de Wanderers!

Y me mira como diciendo "¡las cosas que preguntás!"

—Todos nos acordamos de Maracaná.

—¡Dejalos que se acuerden! ¿Se imagina, peñarolense toda la vida, hincha de hacerme cascar en el talud, jugar por primera vez en el Estadio y ganarle a Peñarol, por uno a cero, gol de Vigorito? Fue la alegría más grande de mi vida.

Entonces se ríe y nos reímos los dos, aunque ahora sé por qué: nos damos vuelta con este hombre de cincuenta y un años, delgado, con algunas, pocas, canas y miramos su borrascosa juventud, como si hubiera sido convocada toda junta para esperarnos.

Ahí está cantando sus días ansiosos. Con la calma de hoy y una vida hecha me cuenta sus irreflexiones. Muchos hermanos correteando por los baldíos bravíos de Industria, allá por el treinta, la calle, los diarios, la escuela sin terminar, Deportivo Juventud, aquel intento de suicidio, Wanderers.

—¿Cómo voy a olvidarme de todo eso? En los cuadros chicos la cosa es distinta, hay más amistad, en los

uno no sabía donde pararse, la traía entre las piernas, cimbreándose. Bueno, en el 50 había varios Didi.

—Pero entonces...

—¿Entonces qué?

—Ese dos a uno, esa copa...

—¡Se habrán equivocado ellos! Por eso ganamos. Uno no sabe. No hicimos nada. Ganamos porque nos quedamos callados, mudos.

—¿Callados?



La formidable base de un gran ciclo del fútbol uruguayo: el Peñarol que capitaneó Obdulio. Hugo, él, Pereyra Nattero, Davoine, Colture, Ortuño, Hirsch, Matucho Fígoli, Ghiggia, Hohberg, Míguez, Schiaffino y Vidal.

grandes transita mucha gente, hay otros intereses, otra vanidad. Nosotros nos concentrábamos en una quinta de Lezica estando en Wanderers, y el presidente caía con un cajón con toda clase de bebidas, caña, grapa, vino, whisky, lo que quisiéramos, pero con una condición: que no nos escapáramos. ¿Se da cuenta? Eran los tiempos que los dirigentes contrataban un guardiacivil de particular para que los sábados, si no nos concentrábamos, no me fuera de mi casa... ¡Qué tiempos madonna mía!

—¿Y qué cosa es Maracaná hoy?

—Maracaná casi que no pertenece a mí, es de la gente, del público. Dejalos nomás que se acuerden de Maracaná. Lo mío lo vivo yo, lo de Wanderers es mío, comprendés? Estando en Brasil, si no tenía nada que hacer, iba a verlos jugar. Me sentaba allí arriba y parecían piezas de ajedrez movidas con hilos. Aparecían allá abajo, chiquitos, se movían como locos y amontonaban goles. Yo nunca ví cosa igual. No parecían hombres. Para mí, el mejor fútbol del mundo es el brasileño. Me acuerdo de Didi, muchos años después. Venía con la pelota y

—Bueno, es un decir. Estaba bravísima la cosa. Era una máquina Brasil ¡y pensar que después echaron a Flavio Costa! Yo lo quise traer a Peñarol pero costaba un disparate.

—Así que la gloria es una mentira.

—Metáselo en la cabeza: ganamos porque ganamos, nada más. Nos llenaron a pelotazos. Jugamos cien veces y ganamos sólo ésa. Adelante fracasaron todos menos Julio Pérez y Ghiggia. Schiaffino tuvo la suerte de hacer un gol. El Omar fue siempre un caprichoso enorme. Un jugador lindo para ver. La defensa era fuerte. Tuvimos la suerte de un Matías. Una barbaridad ese partido. El "Mono" también otro fenómeno. Ellos sintieron el rigor. Hasta cambiaban de color. Nosotros le habíamos ganado cuatro meses atrás en San Pablo y ellos no se habían olvidado. Apesar del barullo lo tenían allá adentro en la cabecita. Y en fútbol conocer los hombres vale mucho. Allá lo aprovechamos bien. Fuimos a dar unas cuantas de entrada y por ahí nos infiltramos.

—Esa actitud suya después del gol brasileño...

—Si me agarran me matan. Yo no me acuerdo de nada, ni donde estuve. A veces nos ponemos a hablar con el "Mono" y me dice te acordás de tal cosa. ¡Andá que te cure "Lola", Mono! Dejame vivir tranquilo. Pensar que yo no quería ir. Tenía treinta y un años y estaba preocupado porque el laburo no aparecía por ningún lado. Después de una práctica me apersoné a los dirigentes y pedí un empleo. Estaba un periodista de "El Gráfico" y pensé "éste mañana me funde". Sí, ya sé lo que están pensando. Que no soy patriota. Pero deje que venga una guerra y después dígame...

La guerra estaba declarada. En Belho Horizonte Uruguay libraría su primera escaramuza. En Maracaná la épica batalla final.

—¿Quién dio esas instrucciones de "dar" de entrada? ¿Usted?

—¡Hay tantas ingratitudes! La gente cree que en Maracaná fue todo perfecto, que todos cincharon parejo para ganar porque después el reparto de medallas alcanzó para todos. De oro para los dirigentes y de plata para nosotros, eso sí. Mire, un dirigente, unos tres días antes de la final, lo llamó al Omar y le dijo "lo principal es que esta gente no nos haga seis goles. Con cuatro estamos cumplidos". Los muchachos me contaban lo que pasaba y cuando me lo vino a decir le pregunté por qué no lo había echado del hotel. Era lo que correspondía. Y en el vestuario hubo instrucciones parecidas. "Guante blanco" dijeron. "Estamos cumplidos" jugando la final. Recién cuando estuvimos en la mitad de la cancha, los jugadores nos pusimos de acuerdo. Los de afuera son de palo. Cumplidos sólo si éramos campeones. Y las cosas se dieron así. Por casualidad, pero se dieron.

En esos años vivía en Capitán Vi-diella y Soca. Hacía seis que se había casado con la hija de un matrimonio húngaro que buscó en la tercera de un transatlántico la paz de estas tierras. Se conocieron apenas salieron de la infancia. Cuando echó mano a lo primero que encontró cerca y se quedó con un pico abriendo zanjas en las calles para obras sanitarias. A ella le atrajo su alegre despreocupación de entonces, su desparpajo para llamarla "rusita" sin conocerla. Nunca fue amiga del fútbol. Desde Río le envió un telegrama para que no llevara al aeropuerto a los niños y de noche abrió la puerta extrañamente vestido: un sombrero metido hasta los ojos y un impermeable de solapas levantadas.

—No me vio nadie, di un rodeo y no me vio nadie...

—¿Y de dónde sacaste ese sombrero y ese impermeable?

—Los pedí prestado...

Se enteró en Carrasco que los vecinos habían construido un enorme letrero luminoso para recibirlo y él nunca comprendió qué cosa era la fama.

Pero la fama es algo así como un inasible, un fantasma. A medio camino, emparentado con los hombres y los dioses, Obdulio debió reconocer que esa opinión manda y difícilmente acepta imposiciones. Hace unos quince años lo cercó en su casa. Eran las cinco de la mañana cuando decidió invitar a un aterido periodista de

me mandan a la silla eléctrica... ¿Me quiere decir qué vamos a hacer a Perú? ¿Qué cosa es la que vamos a aprender? En Europa se jugaron tres amistosos y se acabó la preparación. En cuanto llegamos todo el mundo a espiar a los húngaros. ¡Señor mío, son aquéllos quienes tienen que preocuparse de nosotros! Eran el cuco. Los "elefantitos" que iban en la delegación estaban para cualquier cosa. Después había otro grupo que se consideraba campeón del Mundo sin jugar. Claro, cuando terminó todo vinieron las excusas. Eso es el fútbol nuestro de un tiempo a esta parte...

—¿Qué diría a los jugadores que van a un Mundial?



Con el "trespié" y el martillo, aprontando sus decisivos zapatos en el torneo de 1950.

"O Cruzeiro" a tomar café, después de una espera de cinco tumultuosos días que convulsionó a Montevideo al negarse a recibirlo. La revista había publicado una foto de Obdulio de espaldas tratándole de "salvaje".

—Si en Brasil nos llenaron a pelotazos, ¿lo de Suiza cómo fue?

—Yo le decía que en este país se acabó todo. Y no de un día para otro. Si en el cincuenta pasó lo que pasó, en Suiza la cosa fue peor... La descomposición empezó acá. Estaba todo mal hecho. La gente hoy se acuerda de la lesión de Abbadie y la mía. Eso perjudicó pero tampoco se arreglaba nada. Un crimen, un campeonato lindo para ganar. Acá la preparación se hizo con una gira por Perú. Fui a ver al arquitecto Cattáneo y casi

—¿Usted piensa que es una "fiesta deportiva" como dicen? Entonces es un lírico. Un Mundial es la guerra, directamente la guerra. Si puede sacar a un individuo de una patada en el pecho que lo saque. Esa es mi indicación.

—¿Vió jugar alguna vez a Pelé?

Nunca.

—¿Ni siquiera tuvo curiosidad por verlo?

—No, ninguna. Yo he visto grandísimos jugadores de fútbol. No podría decir que el mejor sea éste o aquél. Pero aquí y en Argentina se jugó el mejor fútbol del mundo. Surgían jugadores todos los días. Pero ya que me habla de Pelé le voy a contar algo. La vez pasada estuve en Río y me llevaron a un programa de televisión.



Foto: TESTONI

"Les hacemos dos goles y los ponemos 'patas pa'arriba'. El primero lo hizo Schiaffino, el segundo Ghiggia y, cumplida la profecía, Gambetta la toma entre sus manos. Matías levanta un puño, Obdulio observa.

Estaban Barboza, Adhemir y aquel Juez Mario Viana. Me preguntaron por Pelé y les dije que el mejor jugador brasileño que había visto era Domingos Da Guía, sin temor a equivocarme. Se quedaron pasmados. Todos esperaban que dijera Pelé o Adhemir...

—Ahora cuénteme una amargura.

—¿Para qué? ¿Para qué me voy a hacer mala sangre con lo que pasó ayer si todos los días hay cosas nuevas?

—Pero usted no es un tipo cualquiera. Eso lo podría contestar yo y quedaría bien. El que lea esto pensará que Obdulio es un escéptico gratuito. ¿Por qué no me cuenta alguna cosa de esas que salpican a todos, aun a los escogidos? La gente piensa que ustedes convierten en oro todo lo que tocan.

—¿Se acuerda de la huelga del 48? Cuando terminó querían venderme, sacarme del país. Dijeron que yo era el cabecilla y entonces Hirsch quería mandarme a Buenos Aires, a practicar a Boca. Fuimos una mañana a un hotel donde estaba el presidente.

—¿Qué toma? ¿Whisky? —Bueno, whisky—. Después los oí hablar. Cuando terminaron saqué la cédula, la abrí y les dije: "Yo soy fulano de tal y vivo en tal lado. Si el señor se molesta y va a verme a mi casa, si me agarran de buena puede ser que les diga que voy a jugar. A practicar, ni loco. Muchas gracias, lo he pasado muy lindo. Como eso no caminó me mandaron llamar a la sede. Ahora querían que firmara contrato. Pero yo sabía muy bien la gente que tenía delante. Un ex-dirigente muy conocido, hoy fallecido, se cansó de andar diciendo en aquella cancha de básquetbol de la calle Colonia que yo era esto y aquello por la huelga. Que le hablaba a los jugadores para mantenerla, etc. Llegó a decir que era un traidor a la institución. Entré a la sala de sesiones y quedaron todos mirándome. Empezaron a hablar y resulta que Obdulio era un fenómeno, ¡que nunca habían visto cosa igual! —¿Ustedes están seguros? les dije cuando terminaron. Porque me parece que usted, usted y usted se han aburrido de decir cosas de Obdulio. No me explico cómo es posible que contraten a semejante sinvergüenza, entonces los sinvergüenzas son ustedes que quieren contratar a un pirata, a un bandido. Yo acá estoy de más. Que lo pasen bien, eh!... Después empezó el desfile por la casa de Capitán Vi-diella. Primero Nozar. Un día llegué

al mediodía y me encuentro con que estaban descargando una cocina "Ferrosmalt" a querosene. Yo la precisaba, eso lo sabían bien. ¿Quién la mandó? le pregunto a mi señora. La mandaron de Peñarol, dijeron los del camión. ¡No señor! ¡llévesela de vuelta! ¡Yo no acepto absolutamente nada! Después vino Alliaume. Le dije lo mismo. Yo tenía brazos, no precisaba del fútbol para vivir. Trabajé de albañil con mi suegro, mi mujer cosía para afuera. Yo era viejo en el oficio. Empecé cuando estaba en Wanderers, en una empresa de un dirigente. Pero la verdad es que no hacía nada. Hablaba, eso sí. Después vino hasta la mujer de Hirsch. ¿Usted es entrenadora señora? tuve que preguntarle. Al final entré. Por la gente que me paraba en la calle, por la hinchada, por la gente bien que había.

Pero la amargura más grande fue con la colecta por la casa que me iban a regalar en el 54. Se formó una comisión enorme. Me llevaron a ver una en la calle Bartolito Mitre. Costaba \$ 45.000, la vi, me gustó, empezó la colecta. Una tarde me encuentro con un ex-jugador de básquetbol de Peñarol, me dice: "va fenómeno, Obdulio. Yo vendí bonos por \$ 7.000". Ibamos afuera, se vendieron en todo el país. ¿Sabe cuanto me entregaron? ¡\$10.270! Entonces el club puso \$ 10.000. Yo podría haber dicho cualquier cosa, pero agradecí y me fui. Así es la vida. Los dirigentes siempre tienen razón. Pero si usted le erra a una pelota le dicen "vendido" y le queda para toda la vida.

Con los \$ 2.500 ganados por azar en Maracaná compró un Ford del 31. Al poco tiempo se lo robaron. Meses

después recibió unas líneas garabateadas desde Punta Carretas donde, por los caminos secretos que los unían al mundo de los vivos, le pedían disculpas ("no sabíamos que era suyo"); cuando se enteraron ya lo habían desarmado y vendido a una casa de repuestos. Se organizó una colecta y le regalaron un Ford del 36, que está en los cimientos de esta casa, acá en 20 de Febrero.

—Es lo único que me dio el fútbol.

Obdulio fue siempre despreocupado para lo suyo. Lo del terreno y la casa tiene una curiosa historia. El terreno lo compró sin saber dónde quedaba; un día llegó un camionero amigo a pedirle 800 pesos fuertes para comprar cubiertas. Le ofreció el terreno que estaba comprando a plazos. Obdulio no supo hasta años después dónde quedaba. Aceptó, más por ayudar al amigo. Pasó el tiempo, fracasó la colecta, pasó el fútbol y la gloria quedó en recortes de diarios viejos hoy metidos en tres valijas encima de un ropero. Entonces su mujer se hizo cargo de la casa. Tenía experiencia, liquidaba los jornales con su padre, compraba hierro, arena, ladrillos de campo. El ingeniero Buzzetti no le cobró la "firma", obtuvo un préstamo en el Banco Hipotecario y levantó esta casa: jardín, tres dormitorios, dos plantas, fondo. Le llevó nueve años. El no quería ni conocerla, por fin un día lo convenció: se quedaron hasta hoy. Aquella misma noche se mudaron, hicieron dos pollos, tomaron vino, festejaron con los dos hijos.

La trascendencia de Obdulio en la cancha nacía con su manera de entender la vida: se jugó siempre por los demás, como forma de responder a



En 1954, en Saarbrücken, Obdulio intercambia banderines. Su apostura espléndida lo diferencia de los demás. Y ya tenía 38 años.

una íntima convicción. Tenía mucho de paternal porque había vivido más que ninguno. Era el extraño sacerdote capaz de desentrañar misterios mentales sin haber terminado la escuela. Aprendió todo pico en mano abriendo zanjas o baldeando mezcla en los andamios. Intuyó la angustia de este hacerse diario que es la vida, aprendió el precario equilibrio de todo, se dió cuenta que estaba diariamente comprometido a una elección donde muchas veces faltaron puntos de apoyo. Lo aprendió y lo aplicó a los demás, olvidándose de sí mismo. Al cabo de los años sufrió el mismo tormento del "Moisés" de Vigny, le persiguió la misma soledad, el mismo cansancio cuando desde la cima de su grandeza pedía la nada. "¿Qué os he hecho para ser vuestro elegido?", también protestó aturdido por el recuerdo de Maracaná.

Sin estruendo, sin hipocresía, proyectó su mundo interior por encima suyo en ayuda de cuantos le trataban. Y esos son para quienes le conocen, los caminos de su inmortalidad, a pesar de Maracaná; la gloria tan temida.

FRANKLIN MORALES

Jules Rimet, tan sorprendido como todos en Maracaná y en medio del gigantesco desconcierto que siguió al partido, le entrega la estatuilla de oro.



Delante van dos perros "bicheros". Yo voy en un petiso manso, hundido en el cojinillo tratando de acomodarme al paso del animal que, visto de encima, es caprichosamente desarticulado. El no tiene problemas: forma con su caballo una sola cosa. Cruzando el campo al trote o arriando vacas no puedo evitar la comparación entre su figura y la del cowboy que el cine americano difundió por el mundo. Las piernas largas, la presunción de una recia contextura, los ojos entrecerrados para evitar a las dos de la tarde un sol caliente de noviembre. Su vista busca a lo lejos parte del par de centenares de lecheras holando, observa el estado de alguna portera, de una aguada, sigue la retozona carrera de un grupo de avestruces cuchilla arriba, brutos de vida.

Allí, en medio del campo, al trotecito corto, es difícil reducir a las líneas de cal de una cancha a este profesional que interpreta el fútbol como un medio: **le da todo si uno sabe aprovechar**. Estábamos en eso cuando un robusto lagarto abre los pastos delante de los caballos. Azuza a los perros y estalla la tierra por los sacudones furiosos. El lagarto se defiende saltando de uno a otro, mientras la cola "barrre" su retaguardia hasta que unos dientes amarillos se hunden en la nuca. Seguimos. Atrás quedan los perros despedazándolo. **"Hasta que no le trituraran todos los huesos no lo dejan"**.

Cruzamos un arroyo y me habla de Pelé: debe ser el mejor jugador del mundo. ¿Se acuerda del gol que nos hizo en Buenos Aires, el último partido? Yo salté adelante, la pelota me sobró y él que estaba detrás tuvo tiempo de "matarla" en el pecho y agarrarla de boleo. Cualquier otro trata de empujar al que salta delante o si la pelota sigue, lo sorprende y no atina a nada. Con Coutinho son cosa seria en el área: la pelota va y viene como en el básquetbol.

Dos horas después volvemos "a las casas". El establecimiento está sobre la carretera, en el quilómetro 113 de la ruta 7, tres al norte de Casupá, una población de tres mil habitantes. Una iglesia con un cura hinchado de Peñarol, un colegio católico, una escuela pública, un liceo, un enorme club social, tres médicos, un cine para la función del domingo de tarde, una cancha de fútbol con luz artificial, una plaza, ninguna industria y una particular mala suerte para los bancos: había tres sucursales pero queda una. Cerraron las del "Regional" y "Transatlántico". Además una cancha

GONÇALVES:

EL CAUDILLO EMPRESARIO RURAL



"Tito" Gonçalves ensillando para recorrer campo, uno de sus placeres mayores.

de bochas donde "Tito" concita la atención general cada vez que trata de "arrimar". A las nueve de la mañana el viejo conductor de un auto de alquiler me informó de todos sus pasos: **"A estas horas el Tito está en las casas"**, concluyó. Y estaba. Unas construcciones entre árboles, sin derroche ni ostentación.

Con lo compatible para una vida de campo de exigencias distintas a la ciudad. **"Acá no tienen sentido muebles delicados ni pisos encerados. Uno entra con los pies sucios o los pantalones**

embarrados y no se podría ni sentar. Vivimos a la manera nuestra, sin rodeos ni cumplimientos. Al que le gusta bien, quién no lo comparte es distinto a nosotros, pertenece a otro tipo de gente. Yo la ceremonia no la soporto".

Una madre selva trepando por el techo de zinc, desprendiéndose de un patio de tierra donde se mezclan alegremente rosas, malvones, aljabas, limoneros, durazneros, ceibos, un molino de viento, una parrilla, una pajarera con algunos, pocos, canarios:



Mano a mano con Cincunegui, en una tarde de clásico. "Ganador" absoluto en las trenzadas tradicionales, Gonçalves impuso una forma de jugar que se mantiene intacta por presencia y gravitación.

casi me los terminan los gatos y las ratas, en algún descuido. Pero conserva un hermosísimo faisán dorado y un gigantesco papagayo.

Detrás del grupo de casas las gallinas dan vueltas bajo las ruedas de un reluciente Ford "Fairlane", negro, modelo 57, cambios y botonera automáticos, estacionado bajo una enramada: ocho palos verticales y paja encima.

Tiene unas trescientas gallinas que se pierden en el monte de eucaliptus cercano o en el campo y ponen en nidos escondidos. Al tiempo aparecen al frente de los pollos. De ahí salen huevos y aves para una provisión que tiene en Chaná y Requena —a una cuadra del piso horizontal donde vive— que atienden sus suegros.

Más atrás hay un galpón para ordeñar. Cada doce horas las lecheras

desfilan por las manos de los peones o la rítmica succión de la ordeñadora eléctrica: tiene una cuota asignada por Conaprole y predica con el ejemplo: a eso de las diez tomó tres vasos de leche cruda.

Un granero, una parva, un monte refugio del ganado en los rigores del frío o el calor ponen telón al "casco" de las casi trescientas hectáreas que explota, parte propiedad, parte arrendadas. Están divididas en potreros de pastoreo, y tiene plantadas veinte hectáreas de trigo y avena, doce de maíz, una de papa, diez de alfalfa. El tractor está trabajando siempre. Además vende lana.

Este es el mundo sin convencionalismos de Néstor Gonçalves, un hombre que aquí tiene una sola identificación con el crack: una gruesa pulsera de oro que compró en Lima para un

reloj que le regaló Peñarol cuando derrotaron al Benfica y se quedaron nada menos que con el título de Campeones del Mundo Interclubes. "En cuanto puedo meto todo en el auto y me mando mudar con mi señora y mi hijo. Soporto la ciudad, pero paso meses sin ir a 18 o al centro. Y si voy al cine es por mi señora. No me gusta el ruido, prefiero no salir. ¿Quiere vida más sencilla que ésta? En la ciudad son todos problemas. Y pensar que cuando pasan por la carretera mirando estos ranchos muchos pensarán: ¿cómo puede vivir la gente así?

Pero el hombre es esclavo de su fama. Y hoy el futbolista que en el 56 vino con apellido cambiado a practicar a Peñarol desde el Universitario de Salto motivando la ruptura de relaciones entre OFI y la AUF, difícilmente puede hacer su propia vida. Son pocos los días al cabo del año que puede "meter todo en el auto y mandarse mudar".

Tiene un socio: Gaetano Corvellini, italiano de 39 años, casado, con un hijo de seis que monta en pelo y conoce una por una doscientas vacas, inseparable compañero de aventuras de Néstor, el hijo del crack, de dos años.

Corvellini es un hombre milagroso: fue uno de los veintidós sobrevivientes de la división blindada "Luigi Grazzini" que formaban doce mil ochocientos veintiséis soldados deshechos en las puertas de Stalingrado. El temor a la guerra los trajo al Uruguay.

Gonçalves no tiene alma de potrero. Supo el valor transitorio del elogio y el relativo olvido que inevitablemente los años traerán, por saberlo, no le preocupa. Es un ejemplo quizá excesivamente perfecto de lo que puede llegar un futbolista cuando tiene los pies sobre la tierra. Dejó pasar de largo, sin mirarla, esa consejera despiadadamente destructora que es la vanidad. Observándolo pensaba si no haría falta también quién enseñara a vivir a los jugadores fuera de los estadios, lejos del aplauso. Porque los Néstor Gonçalves no abundan.

Lo esencial de este reportaje fue publicado en el diario HECHOS a fines de noviembre de 1965. No tengo nada que agregar. Lo deportivo es suficientemente conocido. En lo personal hoy, tiene tres hijos y continúa añorando la terapia de la paz campesina.

FRANKLIN MORALES



Con doce años en esto del fútbol y la gloria, Néstor Gonçalves sigue con el número 5 de Peñarol a su espalda. Está tan consustanciado con la mejor historia del gran ciclo aurinegro, que falta "algo" cuando sus jugadores irrumpen por el túnel sin su inconfundible figura al frente. Un "algo" mezcla del recuerdo de fantásticas actuaciones y un indefinido temor por la suerte del equipo sin su líder, que pautan toda la grandeza de su presencia.

EL PROXIMO JUEVES APARECE EL FUTBOL DEL 12

CESAR L. GALLARDO

"CIEN AÑOS DE FÚTBOL" descorre el velo que el tiempo y el desconocimiento han tendido sobre un brillante periodo del fútbol uruguayo. "EL FÚTBOL DEL 12" es no sólo una recreación sobre ese periodo de la vida del país, sino un imprescindible documento sobre el punto de partida del gran fútbol nacional.

César L. Gallardo ha redactado esta entrega, que comprende una lámina en colores de José Piendibene, completo material estadístico y un jugoso reportaje a Ángel Romano. Todo esto se complementa con fotografías y caricaturas de la época.

PLAN DE LA COLECCION

1. LOS ALBORES DEL FÚTBOL URUGUAYO.
Franklin Morales.
2. LOS CAUDILLOS.
Carlos Soto.
3. EL FÚTBOL DEL 12.
César L. Gallardo.
4. HISTORIA DEL CLUB ATLÉTICO PEÑAROL.
Ulises Badano.
5. URUGUAYOS Y ARGENTINOS.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
6. HISTORIA DEL CLUB NACIONAL DE FOOTBALL.
Dionisio A. Vera.
7. LOS MAESTROS.
César L. Gallardo.
8. HISTORIA DE LOS "CLÁSICOS".
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
9. 1924: COLOMBES.
Carlos Manini Ríos.
10. GOLES Y GOLEADORES.
Ricardo Lombardo.
11. 1928: AMSTERDAM.
Julio Bayce.
12. LOS NEGROS EN EL FÚTBOL URUGUAYO.
Eduardo Gutiérrez Cortinas.
13. EL MUNDIAL DEL 30.
Carlos Martínez Montero.
14. EL RÉGIMEN PROFESIONAL.
Franklin Morales.

15. LOS CAMPEONATOS SUDAMERICANOS.
16. EL FÚTBOL DEL INTERIOR.
17. EL NACIONAL DEL 40.
18. LA COPA URUGUAYA.
19. 1950: MARACANÁ.
20. LA EVOLUCIÓN DE LAS TÁCTICAS.
21. PEÑAROL CAMPEÓN DEL MUNDO.
22. LOS JUGADORES INTERNACIONALES.
23. EL MUNDO DEL FÚTBOL.
24. LOS ARQUEROS.
25. LA GARRA CELESTE.
26. EL CUADRO IDEAL DE TODOS TIEMPOS.
27. LA COPA DEL MUNDO.
28. MÉXICO 70.

LA EDITORIAL PODRÁ MODIFICAR ESTOS TÍTULOS O SU ORDEN.

TODOS LOS JUEVES

1 CAPITULO DEL FUTBOL MAS GLORIOSO
CON 1 LAMINA CENTRAL EN COLORES

**EJEMPLAR
DE
COLECCION**